

“EL PROBLEMA” DE SOTO HALL O LAS APORIAS DEL NACIONALISMO OLIGARQUICO

*Alvaro Quesada Soto**

Lo primero que llama la atención del investigador que se propone estudiar la novela *El problema* de Máximo Soto Hall (1871-1944), es cierta dificultad por parte de la crítica para ubicar, clasificar e interpretar el texto. La novela en más de un sentido pareciera hacer honor a su título.

¿Novela nacionalista o novela cosmopolita? Publicada en San José de Costa Rica en 1899 esta obra debería ser considerada cronológicamente la primera novela costarricense, de no haber sido escrita por un guatemalteco. La acción de la novela se desarrolla en Costa Rica aunque tiene proyección centroamericana y sus personajes y conflictos se proponen representar un ámbito continental. Ediciones posteriores de la novela cruzaron el continente desde Guatemala a Buenos Aires y en la discusión que suscitó en

* Master en Filología. Docente e investigador de la Escuela de Filología, Lingüística y Literatura de la UCR.

su época intervinieron figuras literarias de prestigio como Vargas Vila y Santos Chocano; éste último consideró el texto de Soto como el equivalente novelístico del *Ariel* de Rodó.¹

Por otra parte, si bien la obra se ubica en Costa Rica, la acción se traslada a un futuro utópico y más que las costumbres nacionales o la vida regional, *El problema* plantea -ya desde el título- la discusión sobre un conflicto que si bien se refiere a la formación de una identidad nacional en un país latinoamericano, se aprehende con categorías ideológicas más bien abstractas y generales. Por último, y quizá lo más desconcertante: ¿novela antimperialista o novela proyanqui? Ambos calificativos parecen aplicarse a la obra con igual propiedad, y de hecho aparecen a veces en un mismo texto crítico. Durán Luzio, por ejemplo, al tiempo que consideraba *El problema* la novela fundadora del género "antimperialista" en la literatura latinoamericana, reconocía una cierta "anglofilia" en el texto de Soto Hall. La reciente edición de la obra por parte de la Editorial de la Universidad de Costa Rica provocó una reacción crítica del historiador Rodrigo Quesada Monge con respecto al calificativo de "antimperialista" aplicado a la novela. Otros artículos recientes de Leonardo Sancho y José Ricardo Chaves enfocan el texto desde un ángulo "posmoderno", que pone énfasis en el tratamiento problemático de los discursos sobre la identidad nacional en la novela de Soto Hall.²

Estas resistencias a la clasificación y a la interpretación por parte del texto ¿obedecen a los caprichos de los investigadores, a la impericia o la indefinición del escritor, a la arbitrariedad de las categorías clasificadoras? Quizás un poco a todo eso y mucho también a otro factor que se procurará explorar en este trabajo: ¿No será la ambigüedad parte misma de un problema ideológico-discursivo que genera y da título al texto?

El problema a que hace alusión el título puede identificarse como el carácter incierto y problemático que adquiere, en países sujetos a un pasado colonial y a un presente neocolonial, el ya de por sí complejo proceso que lleva a la formación de una conciencia o identidad nacionales.³ Problema que por su contenido habría que clasificarlo como

político, pero que -y de aquí la ubicuidad del texto- hunde sus raíces ocultas también en lo ideológico y discursivo.

Un vistazo al contexto histórico-cultural al que responde y en el que se gestó el texto, puede servir como punto de partida para este trabajo.

Nación y Enajenación: el Discurso Nacional Oligárquico

Durante la última mitad del siglo XIX la oligarquía cafetalera costarricense había consolidado su posición como clase dominante en el interior de la joven república. En las últimas tres décadas procura consolidar también bajo su égida un estado nacional con sus correspondientes aparatos ideológicos uniformados bajo el signo del liberalismo político y del positivismo filosófico. A partir de 1870 el país pasa por un proceso de centralización del poder económico, político e ideológico alrededor de los intereses, necesidades y representaciones de ese grupo dominante. Ese esfuerzo hegemónico buscaba su legitimación mediante un proceso paralelo de unificación ideológica alrededor de un concepto de *nación* que permitiera asimilar los intereses oligárquicos a los intereses nacionales. Pero el dominio oligárquico, a su vez, era sólo un reflejo del poder de las metrópolis extranjeras -Europa o Estados Unidos-: con respecto a ellas la oligarquía nacional era un grupo subordinado y la flamante nación un pequeño país agrícola, dependiente y periférico.

Así, el proyecto de asimilación ideológica a un discurso *nacional*, habría de generar múltiples resistencias y contradicciones. Aparece, en primer lugar, una contradicción entre la tendencia centrípeta a la unidad y la asimilación al paradigma hegemónico de grupos con discursos y prácticas sociales disímiles, enfrentada a la tendencia centrífuga provocada por los choques y resistencias de esos mismo grupos contra un modelo de "realidad nacional" que tendía a reprimir, mutilar o excluir su existencia. Se aprecia, en segundo lugar, una contradicción en el propio proyecto nacional oligárquico, que oscila entre la identificación y la asimi-

lación con los modelos metropolitanos y el esfuerzo-real o imaginario- por elaborar un discurso nacional que pudiera concebirse como propio y autónomo. De aquí, finalmente, una contradicción en los discursos y prácticas del liberalismo oligárquico, incapaz de conciliar su apego a la "tradicción" heredada -que le garantiza la conservación de importantes privilegios- con las exigencias del "progreso" capitalista que exige el sacrificio de valores y costumbres tradicionales para insertarse en el mercado internacional. Estas contradicciones se tornan más problemáticas al finalizar el siglo cuando se comienza a descubrir que el progreso lleva en su seno el germen de la enajenación: la sujeción del desarrollo nacional a las demandas de un sistema económico y político internacional dominado por intereses ajenos (asumidos, no obstante, como *propios*).⁴

Marcado por estos desgarramientos y contradicciones, comienza a gestarse en la última década del siglo pasado un discurso nacional que responda al proyecto político liberal: el discurso no sólo modela el bosquejo imaginario de ese proyecto, sino que también deja entrever, con mayor o menor conciencia crítica, sus dudas, grietas e inconsecuencias. El discurso *nacionalista* reproducía la enajenación originaria que llevaba a confundir las aspiraciones nacionales con los intereses oligárquicos y las necesidades propias con los ordenamientos ajenos. *El problema* de Soto Hall se inscribe dentro de los esfuerzos y dificultades por acometer ese proyecto.

Unos años antes de la publicación de la novela, en 1894, dio inicio en algunos periódicos y revistas costarricenses una apasionada polémica en la que "nacionalistas" y "cosmopolitas" discutieron si la vida costarricense -tan lejana de los modelos europeos introyectados como paradigmas de cultura *universal*- era suficientemente "poética" como para dar origen a un arte o a una literatura *nacionales*. Mientras el filólogo y escritor Carlos Gagini se quejaba de que "nadie se ocupa de estudiar nuestro pueblo y sus costumbres desde el punto de vista artístico",⁵ el historiador y escritor Ricardo Fernández Guardia argumentaba que sólo los países con muchos siglos de existencia y prosperidad, como los europeos, podían elaborar un arte y una literatura

nacionales: "¿Y cuándo -se preguntaba- ...podría decirse el arte o la literatura costarricense? Yo, Dios me lo perdone, me imagino que nunca... Nuestro pueblo es sandio, sin gracia alguna, desprovisto de toda poesía y originalidad que puedan dar nacimiento siquiera a una pobre sensación artística".⁶

Lo que se plantea aquí, bajo la envoltura de una discusión literaria, es la posibilidad de la existencia de una *cultura nacional* y, por ende, de un Estado que pudiera concebirse como sujeto histórico autónomo y soberano, con identidad y voz propias. La publicación de *El problema* en 1899 y de *Catalina* -otra novela de ambiente costarricense del mismo autor- en 1900, no puede dissociarse de esta polémica (que por otra parte continuó hasta después de comenzado el nuevo siglo). Con estas novelas, señala Ramón Luis Acevedo, "Soto Hall quiso probar que existían dentro de la realidad costarricense abundantes posibilidades literarias".⁷ Desde el interior del texto novelesco, uno de los personajes de *El problema* participa indirectamente en la polémica, cuando advierte que el desprecio por lo nuestro y la copia indiscriminada de modelos ajenos llevaba a una ausencia de "personalidad" propia que podría justificar, en última instancia, la disolución de la identidad y la soberanía nacionales.

"Nuestros poetas, nuestros literatos, han desdenado el escribir sobre asuntos nacionales. Así como nuestra pintura se ha agotado en copias de los grandes maestros, y no directamente de los originales, sino de malos cromos, oleografías y grabados, así nuestros escritores han ido siempre pisando las huellas de alguna otra literatura no por cierto de las mejores. En el fondo, hemos sido los primeros en despreciar todo lo nuestro...Hemos dejado todo lo nuestro por coger cualquier cosa de lo ajeno. Nos hemos amoldado con facilidad al modo de ser de los que querían que nos amoldáramos a ellos".⁸

Pero el planteamiento mismo del *problema* en este fragmento, muestra ya la ambigüedad de su formulación: ¿deseo de elaborar una cultura propia o reconocimiento fatalista de la imitación? Por otra parte *El problema*, novela de intención literaria y "nacionalista", tiene como desenlace irónico la anexión de Costa Rica y Centroamérica entera a los Estados Unidos: indicio altamente significativo también de

las dificultades del escritor -identificado con los estereotipos ideológicos oligárquicos⁹ en su afán por elaborar un modelo de cultura nacional.

En resumen, el *problema* que da título a la novela puede formularse de dos maneras. Primera: ¿podría consolidarse y sobrevivir como proyecto histórico un estado nacional en Centroamérica (extensivo a Latinoamérica)? Segunda: ¿podría forjarse una conciencia o identidad nacionales -una voz *propia*- en un sujeto histórico obligado a expresarse con palabras y discurso *ajenos*? Las dos formulaciones se entrelazan, íntimamente imbricadas, en el texto, aunque no de manera igualmente perceptible. Si la primera, para usar una metáfora freudiana, aparece como contenido manifiesto y consciente, la segunda sólo aparece como premisa latente e inconsciente ubicada en la base misma de las formulaciones. Debajo de todo subyace, también implícito, el juego del poder que determina como *pre-juicio* autoritario y apodíctico el orden de los discursos: el político y el ideológico; el que legitima la dominación interna (al determinar de acuerdo con las necesidades del poder lo que es propio de la realidad o el ser *nacionales*) y el que legitima la dominación metropolitana (al establecer los parámetros "universales" de todo discurso sobre el comportamiento humano o las relaciones internacionales).

El Orden de los Discursos

¿Dos discursos distintos y un solo poder verdadero?

Pero la lógica del poder no se reparte de igual manera entre ambos discursos. El discurso que autoriza la dominación nacionales solo un reflejo del discurso que autoriza la dominación metropolitana: en ciertas situaciones, la misma palabra que sirve a la voz de la metrópolis para legitimar su poder, invierte, al insertarse en el contexto nacional, su sentido primigenio para legitimar la subordinación de la voluntad nacional al poder ajeno. El reflejo del poder metropolitano sobre el espejo oligárquico se convierte en espejismo que superpone el poder ajeno sobre la imagen propia: la

voz del otro, asimilada como *propia* por la oligarquía nacional para fundar su dominio interno, termina expresando -tal vez sin quererlo, sin reconocerlo o sin poderlo evitar- su propia enajenación y justificando su propia sujeción al dominio de la metrópoli.

El problema, de acuerdo con la ideología liberal y positivista introyectada por los intelectuales oligárquicos, se sujeta en su fabulación y en su concepción de los personajes a un estricto "darwinismo" determinista y mecanicista. Los problemas que entraña el complejo fenómeno histórico del imperialismo se enfocan en la novela partiendo de la trasposición mecánica al campo de la vida social de ciertas "leyes naturales", garantía a su vez del "progreso", según las cuales el más fuerte o el más poderoso debe destruir o someter a su dominio al más débil o al más pobre. Así, el orden del discurso legitima -como mandatos de la naturaleza, leyes del mercado o normas de la civilización, que procurarían el mejoramiento de la "raza" o el "progreso" de la humanidad- los (desa)fueros del poder.

La "absorción" de Centroamérica por los yanquis aparece en la novela como producto del enfrentamiento entre dos "razas": la latina, débil y enfermiza, "muy superior en espíritu, pero inferior en materia" (p. 85); la sajona, utilitaria y cruel, pero enérgica y dominante. Desde este punto de vista ¿cómo conciliar el proyecto nacional oligárquico con la ideología liberal o la fe en el progreso capitalista, cuando éstos últimos terminarían justificando la disolución del primero?

En réplica a la "absorción" yanqui, la ideología nacional oligárquica sólo pudo recurrir a la identificación imaginaria de las tradiciones propias con el discurso "latino" de las antiguas metrópolis europeas, como única fuerza "espiritual" capaz de oponerse al poder "material" y la estrategia "utilitaria" de los mercaderes yanquis.

En todos los casos, la voz nacional oligárquica se disolvía en palabras y discursos ajenos. Su matriz ideológica metropolitana parodiaba e invertía sus intenciones "nacionalistas": aquellas palabras que pretendían definir una conciencia nacional, habían sido acuñadas por las metrópolis precisamente para legitimar su dominio y despojar de con-

ciencia propia a la periferia. Hechura de palabras y discursos ajenos que parodiaban sus propias intenciones, la voz nacional oligárquica sólo podía expresar, si era consecuente consigo misma, su propia enajenación o profetizar su autoaniquilamiento.

Un ingenioso recurso permite a Soto Hall paliar con el distanciamiento y la ironía la lógica enajenada y auto destructiva del discurso nacional oligárquico. La acción de *El problema* se proyecta al futuro: la novela se desarrolla treinta años después de “la guerra hispano-americana” de 1898, es decir en un hipotético 1928. Así, el suicidio simbólico que cierra la novela -enlazado con el ominoso epígrafe que la abre: “quien ama el peligro en él perece”- no debía verse como una realidad inevitable sino como una posibilidad utópica, y la novela podía entenderse como una antiutopía admonitoria que, al formular las indeseables consecuencias a que llevaba el presente, procuraba generar las defensas necesarias para evitar que ese fuera el futuro.

Por otra parte, la novela reproduce también, mediante la censura que se evidencia en el silencio, otro de los lineamientos represivos y enajenantes del proyecto nacional oligárquico: en ese proyecto no tiene voz ni participación el pueblo, que es el gran ausente de esta novela. El texto convierte a la oligarquía en única voz representante de los intereses y preocupaciones *nacionales*, (semi)enfrentada o (semi)aliada al conquistador extranjero. El problema del imperialismo se convierte en un problema moral o político que se resuelve en el interior de las conciencias y en el seno de las familias oligárquicas, dueñas y representantes exclusivas de la identidad nacional en este texto.

Ser o No Ser

Los personajes de la novela actúan como variantes particulares que reflejan desde distintas posiciones las aporías -la situación sin salida- del nacionalismo oligárquico. El texto se inicia cuando el joven protagonista Julio Escalante regresa a Costa Rica, tras una larga estadía en Europa, por

el flamante Canal de Nicaragua. Julio se encuentra con un país irreconocible, donde "no se habla más que inglés" y donde todo preludia la próxima anexión de Centroamérica a los Estados Unidos. Las complejas relaciones de identificación y rechazo entre la voz de la oligarquía nacional y la voz del imperialismo estadounidense, se expresan en las distintas actitudes que asumen, ante la inminente "absorción yankee", los dos núcleos de la familia Escalante: don Teodoro y su hijo Julio, por un lado; Tomás, hermano de Teodoro, y sus hijos Emma y Santiago, por otro. El signo que los marca a todos -tanto a los proyanquis como a los antiyanquis- es la enajenación y el desarraigo: la seducción del extranjero -europeo o estadounidense- y el distanciamiento de su propio pueblo y de su propia tierra. Es esta ausencia de "personalidad", esta incapacidad para forjar una conciencia propia, lo que según Tomás Escalante -el más consecuente proyanqui de la novela- justifica la "absorción" del país por los Estados Unidos:

"Estos pueblos estaban llamados a desaparecer. No tenían derecho a vivir... Los pueblos sin personalidad, sin energías, sin ideales, mueren; y el nuestro no tuvo nunca ni ideales, ni energías, ni personalidad (...). Nos ha seducido la civilización en todas sus fases y en todas sus formas y hemos corrido tras ella con un afán insaciable. Hemos dejado todo lo nuestro por coger cualquier cosa de lo ajeno. Nos hemos amoldado con facilidad al modo de ser de los que querían que nos amoldáramos a ellos. He ahí por qué los indios fueron conquistados y nosotros somos absorbidos" (p. 82-85)

Los hábiles argumentos de don Tomás, variaciones sobre los temas del darwinismo social y la ideología del progreso capitalista, muestran hasta qué punto la identificación oligárquica con la voz imperialista disuelve todo posible vestigio de identidad nacional:

"Sí, seremos americanos. Esa gran nación ha vivido ignorante de su grandeza; su amor a la libertad y su afán de progreso, no la habían dejado comprender que sus músculos de gigante se hallan oprimidos en el territorio que ocupa. Hoy tratará de ensancharse y nosotros tendremos que darle espacio, no hay más remedio... Unos cuantos, la mayoría, comprenderá que lo mejor es prepararse con tiempo para encajar en el modo de ser de esa raza. Adoptará sus costumbres, tratará de imitar sus virtudes, seguirá sus vicios, quizá. Esos entienden la cosa y serán felices. Yo seré de ellos. Los otros, los que quieran resistir, serán muy pocos para oponerse por la fuer-

za y, sobre todo, cuando quieran sacudirse ya estarán viciados por el medio ambiente y serán también arrollados por el vendaval. Ni uno solo quedará en pie" (p. 17).

Una opinión semejante expresa su hijo, el periodista Santiago, ante una eventual anexión de Centroamérica a los Estados Unidos:

"Si la anexión no será más que una fórmula. ¿Qué somos ahora? ¿Somos libres por ventura? Tenemos un gobierno propio, es cierto; pero si tú profundizas verás que no es independiente. Ese gobierno tiene un periódico oficial que se publica en inglés, sus acuerdos, sus decretos, sus disposiciones todas, se publican en inglés. Y en sus oficinas no se habla otro idioma. No se hace sino lo que quiere que se haga el presidente de los Estados Unidos. No somos, pues, libres, y en cambio se nos vedan las prerrogativas de ciudadanos de una gran nación" (p. 34).

El capítulo VIII ofrece una nueva variante del proceso de asimilación oligárquica a la voz de la metrópoli: es la palabra de "los fuertes", que asume como propia Joaquín de Palacios. Este personaje, tras la derrota española en 1898, renuncia a la identificación con su ancestro español, para asimilarse a los victoriosos yanquis. "Así como las razas más fuertes acaban con las más débiles, así los hombres de poder deben sobrevivir a los impotentes -sentencia- ...Quien puede, puede; lo que debe extinguirse que se extinga" (p. 57). Razonamiento de doble filo sirve para legitimar la dominación y la hegemonía oligárquica al interior de la nación, al tiempo que justifica la dependencia externa y el dominio de las metrópolis sobre la periferia. El discurso "darwinista" que legitima el poder de las metrópolis, al ser introyectado por la voz oligárquica invierte su sentido y termina idealizando su propia "absorción".

El personaje de Teodoro Escalante ocupa una posición intermedia, donde la enajenación inconsciente se revela en los hechos, mientras las palabras se revisten con un rabioso discurso nacionalista. A las profecías de su hermano Tomás, quien afirmaba la imposibilidad de resistir "el vendaval" imperialista, opone Teodoro su propio ejemplo: "No quedará uno, dijo, y quedo yo; yo, que sigo odiando a los intrusos como el primer día, que sigo resistiendo como entonces" (p.18). Su hijo Julio reconoce, sin embargo, que "su padre

vivía engañado. Aquel odio no residía más que en los labios, aquella resistencia se había condensado en las fórmulas. Su padre era también una víctima” (p. 18). Las intenciones y fórmulas patrióticas que aduce en su adhesión imaginaria a las tradiciones latino-nacionales el viejo patriarca, no logran reprimir los efectos de la voz ajena que ordena las prácticas empresariales del viejo oligarca. “Tú eres más yankee que ninguno -le arguye su hermano Tomás- más que todos nosotros...Mira la fábrica: no hay en ella un sólo elemento del país; repasa tu biblioteca, sólo encontrarás obras en inglés; recorre tu casa: los muebles, los criados, las comidas, las costumbres, todo pertenece a esa raza que afirmas odiar tanto” (p. 85).

Frente a su padre, víctima inconsciente de la enajenación, o su tío y el oportunista Palacios, cómplices voluntarios de la “absorción”, Julio, héroe problemático, asume en la novela la variante del joven intelectual oligárquico, más consciente que los otros de los alcances del *problema*, pero marcado -como todos los demás personajes- por la enajenación originaria que le impide orientarse entre las necesidades propias y las exigencias ajenas. Julio, “sentía cierta compasión hacia su padre al verlo arrastrado por el torbellino yankee, y cierta repugnancia por su tío, al verlo echarse voluntariamente en ese torbellino” (p. 69); pero al mismo tiempo reconoce su propia impotencia ante el problema- “¿Representaba él a su raza dignamente? -se cuestiona- El era un ser híbrido, cosmopolita, lleno de un falso patriotismo... Era casi un extranjero, libre del mal por no haberse expuesto al contagio, pero impotente para atacar el mal (...) El tenía el apasionamiento en la palabra y la impotencia en la acción. Era capaz de sentir pero no de hacer” (p. 90-91). En la conciencia del joven intelectual, especie de Hamlet criollo, anidan las antinomias del proyecto nacional oligárquico: dos voces inconciliables se desgarran en su interior, se superponen y se anulan una a otra, sin encontrar solución. Nacionalista y extranjerizante a un mismo tiempo, su formación oligárquica lo lleva a oscilar entre la adhesión a la voz de “los débiles” -en la que reconoce a su patria y a su pueblo- y la identificación con la voz de “los fuertes”, en la que reconoce los atributos del poder.

La polémica sobre el anarquismo, que protagonizan en el capítulo XI Julio y Joaquín de Palacios, aporta nuevas variaciones al complejo diálogo entre la voz de "los fuertes" y la voz de "los débiles" que se desarrolla en el interior de la conciencia oligárquica. En esa discusión se esboza un paralelo entre las relaciones de explotación capitalista (ricos-pobres) y el dominio imperialista (naciones fuertes-naciones débiles). Julio interpreta los estallidos de violencia anarquista como:

"...explosiones de hambre contenidas, de largos inviernos sin abrigo y sin hogar: vienen de la angustia de ver a los hijos revolcarse sobre un montón de paja, exhaustos por la necesidad, después de haber corrido el padre todo el día en busca de trabajo... Nosotros los que tenemos todo, no sabemos, ni pensamos en los que nada tienen... Pero esas monstruosidades abrirán camino al socialismo, que en el fondo no es más que la caridad predicada por Jesús, por el divino Jesús" (p. 55-56) .¹⁰

A lo que don Joaquín replica con el parlamento parcialmente citado más arriba:

"Que se están muriendo de hambre, que no tienen donde trabajar, pues que mueran honradamente y se acabó. Los débiles, los que no pueden luchar en buena lid, pues que desaparezcan. Así como las razas más fuertes acaban con las más débiles, así los hombres de poder deben sobrevivir a los impotentes" (p. 57).

La tímida defensa del anarquismo y el socialismo que esboza Julio en esa discusión, se asocia con sus escrúpulos nacionalistas y antimperialistas: en ambos casos se reconoce el derecho de "los débiles" de rebelarse contra la ley y el orden impuestos por "los fuertes" para legitimar su dominio. La condena de las protestas populares por parte de Palacios también es consecuente con suposición proimperialista: en ambos casos se identifica con la voz de los fuertes para justificar su derecho de sojuzgar a los otros.

Absorción Política y Seducción Erótica

La polémica entre la voz nacional-oligárquica y la voz imperialista se desplaza finalmente del terreno de las aspira-

ciones políticas al campo del deseo erótico. En *El problema* -como más tarde en las novelas antimperialistas de Carlos Gagini- las discusiones ideológicas se resuelven en una metáfora erótica. La oscilación de Julio entre el discurso "latino" y el discurso "yanqui", entre la voz de los "débiles" y la voz de los "fuertes", encuentra expresión simbólica en las dificultades del joven intelectual oligárquico para determinar primero y conseguir después, el objeto adecuado a su deseo: ¿Margarita, hija de Joaquín Palacios, la costarricense europeizante; o su prima Emma, hija de su tío Tomás, la costarricense agringada? El objeto del deseo, como los paradigmas ideológicos, no se ubican, para el intelectual oligárquico, en la realidad propia sino en los modelos ajenos.

Julio conoce a Margarita en Francia, donde los jóvenes oligarcas sueñan juntos con una patria construida por la imaginación y la nostalgia en el lejano París. El narrador de la novela -cuya voz no es ajena a las mismas contradicciones que expresan los personajes oligárquicos- identifica a Margarita, sensibilidad "neurasténica" y "enfermiza", como "la encarnación de su raza (latina)":

"Era noble, pero impotente; soñaba en volar, pero eran débiles sus alas; sentía la atracción de todo lo grande, pero no podía ejecutar ni lo pequeño; bogaba siempre entre dos ideas, sin resolución para echarse en brazos de una y consagrarle todas sus energías. Esa generosidad y esa ductilidad, la ponían al arbitrio de todo lo que atrajera su imaginación o superara sus fuerzas... No pasa otra cosa en los pueblos jóvenes nutridos con sangres gastadas y educados en falsos principios; se entregan a los ideales o se inclinan a los yugos; ofrecen su hermosa virginidad a los falsos profetas o gimen bajo la garra de los tigres... Siempre están expuestos a ser devorados por un coloso o engañados por una fantasía" (p. 60-61)

Emma, mitad estadounidense, representa todo lo contrario de Margarita: "su educación y su carácter, la inclinaban con mayor fuerza a lo práctico, a lo útil, e impresionaba más hondamente su alma lo enérgico y fuerte que lo sentimental y suave" (p. 138). La opción erótico-ideológica de Julio se desplaza paulatinamente de la costarricense latina a la costarricense agringada, hasta que la última sustituye por completo a la primera: "su belleza, su gracia, su atracción habían matado su sentimiento por Margarita, para sustituirlo por otro que en nada se parecía al primero, pero era

más subyugador, más fuerte, más tenaz" (p. 119). El texto asocia la atracción erótica que la prima Emma ejerce sobre Julio, con la influencia ideológica ejercida sobre él por su tío Tomás, padre de Emma. "Las conversaciones con su padre y el contacto con usted -confiesa Julio a su prima en el capítulo XXII- me hace ver las cosas de una manera muy distinta de como las veía. Más aún, no sé lo que ha influido más en mí, si los sólidos argumentos de él o la atracción irresistible que siento hacia usted" (p. 118).

La metáfora se desarrolla en el capítulo XXIII, cuando el texto introduce al empresario estadounidense Mr. Crissey, encarnación del poder y la energía yanquis, objeto de fascinación para toda la familia oligárquica:

"Todos tenían los ojos fijos en Mr. Crissey ... Atraía. Su confianza y su resolución, unidas a su sencillez, confortaban el alma. En su rostro no se veía más pasión que la del trabajo, la lucha y la empresa. Julio, dominado por la misma atracción, no se daba cuenta de ello, aunque sí la adivinaba en Emma" (p. 127)

La metáfora se despliega: Mr. Crissey conquista a Emma, desplazando a Julio, de la misma manera que antes Emma había conquistado a Julio, desplazando a Margarita: la raza "latina", débil y soñadora, es desplazada por la raza "américo-sajona", poderosa y práctica. La metáfora se consuma: la novela finaliza el "día fatal" cuando se consolida el doble despojo al que conduce la enajenación originaria del joven oligarca: Emma contrae matrimonio con Crissey, y Centroamérica se anexa a los Estados Unidos. Julio pierde "a su patria y a su amada... en un mismo momento. ¿Qué le quedaba ya? Nada". En un acto postrero de rebelión suicida, el "último representante de una raza caballeresca y gloriosa" lanza su cabalgadura contra el tren, símbolo del progreso yanqui, donde viajan los recién casados:

"Julio se aseguró en la montura como lo hubiera hecho un caballero medioeval en un torneo, antes de lanzarse sobre su contrincante. Clavó al potro las espuelas y sobre el camino férreo, a galope tendido, fuese al encuentro del tren... Se oyó un crujir de huesos, y el ahogado relincho de un caballo, mientras el tren con su cortejo magnífico, arrastrando a una pareja feliz, pulverizaba al último representante de una raza caballeresca y gloriosa" (p. 166).

El problema de Soto Hall, indagación inquietante y lúcida en las aporías del proyecto nacional oligárquico, al mismo tiempo que reproduce sus planteamientos discursivos e ideológicos, parece también parodiarlos, reducirlos al absurdo y llevarlos hasta sus últimas consecuencias: ahí donde se pone en evidencia su carácter alienado y autodestructivo. El problema que Soto Hall dio a luz en Costa Rica hace casi cien años, cuando se consolidaba, bajo el auge del liberalismo y el positivismo, un primer modelo de identidad nacional, encuentra hoy al agonizar el siglo veinte, bajo el auge del neoliberalismo y los "ajustes estructurales", parecida e inquietante vigencia.

Notas

1. José Santos Chocano, "El problema. Novela de Máximo Soto Hall" en: M. Soto Hall, *El problema*, Imp. El Nacional, Guatemala, 1911(2a. ed.) p VII-VIII. Otras apreciaciones críticas sobre esta novela: Justo A. Facio "Dos novelas de Máximo Soto Hall", en *Repertorio Americano*, 20 (12) 1930, 184-187; David Vela, *Literatura guatemalteca*, Tipografía Nacional, Guatemala, 1948, tomo II; Seymour Menton, *Historia crítica de la novela guatemalteca*, Ed. Universitaria, Guatemala, 1960; Klaus Meyer-Minnemann, *La novela hispanoamericana de fin de siglo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1991 (edición en alemán: 1979); Ramón Luis Acevedo, *La novela centroamericana*, Ed. Universitaria, Puerto Rico, 1982; Juan Durán Luzio, "Estados Unidos versus Hispanoamérica: en torno a la novela del 98" en *Casa de las Américas*, 26 (153) 1985, 121-127; A. Quesada Soto, *La formación de la narrativa nacional costarricense*, Ed. Universidad de Costa Rica, 1986, 213-220 y *La voz desgarrada*, Ed. Universidad de Costa Rica, 1988, 88-101. Una edición reciente de la novela, con estudios introductorios de A. Quesada y J. Durán, fue publicada por la Editorial de la Universidad de Costa Rica en 1991. Esta nueva edición ha provocado una suerte de polémica en varios artículos aparecidos recientemente: Rodrigo Quesada Monge, "El problema' del antimperialismo en Máximo Soto Hall". *Letras*, Universidad Nacional, Heredia, (25-26), 1992; Leonardo Sancho Dobles, "El problema y/o el engaño" en: *Acta Académica*, U.A.C.A., No. 13, mayo 1993, p. 63-69; José Ricardo Chaves, "Una novela problemática", *La Nación*, 13 de marzo de 1994, p. 15, y "Problematizando 'El problema' (en torno a una novela de M. Soto Hall)", en: *Acta Académica*, U.A.C.A., No. 14, mayo 1994, p.83-87.
2. Ver los artículos de estos autores mencionados en la nota anterior.

3. El asunto de la "invención" de la nación, para el caso costarricense, ha sido abordado en: Steven Palmer, "Sociedad anónima, cultura oficial: inventando la nación en Costa Rica". *Héroes al gusto y libros de moda* (I. Molina y S. Palmer, eds.), Porvenir-Plumsock, 1992.
4. Este asunto se trata con más amplitud en A. Quesada Soto "Identidad nacional y literatura nacional: la generación del Olimpo". *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies* 17 (34) 1992, 97-113. Un estudio amplio, no del todo coincidente con la perspectiva que aquí se plantea, se encuentra en: Flora Ovares y otros, *La casa paterna. Escritura y nación*, Ed. Universidad de Costa Rica, 1993.
5. *Cuartillas*, 28 de mayo de 1894. Los principales textos de la polémica fueron publicados en las revistas: *Káñina*, 9 (1) 1985, 23-53 y *Letras*, Heredia, (8-9) 289-331. Un análisis más amplio de la polémica se puede encontrar en: Quesada Soto A., *La formación de la narrativa nacional costarricense*, 1986, 97-119. Una posición en algunos puntos divergente con respecto al análisis anterior se encuentra en Ovares F. y otros, *La casa paterna. Escritura y nación*, Ed. Universidad de Costa Rica, 1993: 128-141.
6. El Heraldo de Costa Rica, 24 de junio de 1894.
7. Acevedo R.L., *La novela centroamericana*, Ed. Universitaria, Puerto Rico, 1982, p. 74
8. Citamos según la primera edición de la novela: M. Soto Hall, *El problema*, Imprenta y Librería Española, San José, 1899, p. 83; en adelante sólo se indicará en el texto el número de página correspondiente. La Editorial de la Universidad de Costa Rica publicó en 1991 una nueva edición de esta novela con estudios críticos de A. Quesada Soto y J. Durán Luzio.
9. Los esfuerzos de Soto Hall no se limitaron a la producción de textos literarios, ni al ámbito costarricense. En 1901 publicó el texto histórico *Un vistazo sobre Costa Rica en el siglo XIX* (San José, Tip. Nacional: 1901), que reforzaba la visión oligárquica de la Costa Rica del siglo XIX. Más tarde colaboró ampliamente en Guatemala con la dictadura de Estrada Cabrera.
10. Soto reproduce aquí las representaciones ideológicas de la época: anarquismo y socialismo aparecían como conceptos solidarios del idealismo arielista o el cristianismo tolstoyano, opuestos todos al "utilitarismo" burgués, el mercantilismo capitalista o el imperialismo estadounidense. Sobre este tema ver: Quesada Soto A., *La voz desgarrada*, 1988, y "La muerte de Tolstoi en la prensa costarricense" en *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica*, 14 (2) 1988, 175-182.